

rico sólo aspira á los elevados empleos de la administración. Por aquella época muchas familias se decían: «¿qué haremos de nuestros hijos?» El ejército no ofrecía grandes probabilidades de hacer fortuna. Las carreras especiales, la ingeniería civil, la marina, las minas, la ingeniería militar, el profesorado, estaban cercados por reglamentos ó defendidos por concursos; mientras que el movimiento rotatorio que metamorfosea á los empleados en prefectos, subprefectos, directores de contribuciones, administradores, etc., no está sometido á ninguna ley, á ningún aprendizaje. Por esta laguna corren los supernumerarios con coche, bien trajeados é im-pertinentes todos como advenedizos. El periodista perseguía bastante al supernumerario rico, siempre primo, sobrino ó pariente de algún ministro, de algún diputado ó de algún par muy influyente; pero los empleados cómplices de este supernumerario buscaban su protección. El supernumerario pobre, el verdadero, el solo supernumerario, es casi siempre hijo de alguna viuda de empleado que vive de una escasa pensión y se mata para mantener á su hijo hasta que llega al cargo de escribiente. Alojado siempre en algún barrio en que los alquileres no son caros, este supernumerario sale de casa muy temprano; para él el estado del cielo es la única cuestión de Oriente. Ir á pie, no llenarse de barro, conservar la ropa en buen estado y calcular el tiempo que puede durar un chaparrón para ponerse al abrigo de él. ¡Cuántas preocupaciones! Las aceras de las calles y el adoquinado de los paseos y de los muelles fueron grandes beneficios para él. Cuando por alguna causa recorráis la ciudad de París á las siete y media ó á las ocho de la mañana en invierno, con un frío enorme, con lluvia ó con mal tiempo, y veáis aparecer por alguna esquina algún joven pálido y raquítico sin cigarro en la boca, fijaos en sus bolsillos y seguramente que veréis en ellos la configuración de un panecillo que le habrá dado su madre á fin de que pueda franquear sin peligro para su estómago las nueve horas que separan el almuerzo de la comida. Por lo demás, el candor de los supernumerarios dura poco. Un joven ilustrado por los resplandores de la vida parisiense tarda muy poco en medir la espantosa distancia que existe entre un jefe y él, esa distancia que ni Arquímedes, ni Newton, ni Pascal, ni Leibnitz, ni Kepler, ni Laplace, ni ningún matemático ha podido valuar la distancia que existe entre cero y la unidad, entre una grati-

ficación problemática y un sueldo. El supernumerario ve, pues, en seguida las imposibilidades de la carrera, oye hablar de los ataques al derecho por empleados que los explican, descubre las intrigas de las oficinas y ve los medios excepcionales empleados por sus superiores para medrar: el uno se ha casado con una joven con alguna mancha, el otro con la hija natural de algún ministro; éste ha asumido una gran responsabilidad; aquel, lleno de talento, ha arriesgado su salud en trabajos forzados, tenía una perseverancia de topo, y no todos se sienten siempre capaces para tales prodigios. El hombre incapaz tiene una mujer de talento que le ha llevado hasta allí y que lo ha hecho nombrar diputado, gracias á lo cual suple su falta de dotes intrigando en la Cámara. Fulano tiene á su mujer que es amiga íntima de un hombre de Estado. Zutano es el comanditario de un periodista poderoso. Llegado á este momento, el supernumerario, aburrido, presenta su dimisión. Las tres cuartas partes de los supernumerarios dejan la administración sin haber sido empleados, y no quedan, por lo tanto, más que los testarudos y los im-béciles, que se dicen: «Estoy aquí hace tres años y acabaré por tener plaza», ó los jóvenes que se sienten con vocación. Evidentemente, el tiempo de supernumerario es en la administración lo que el noviciado en las órdenes religiosas: una prueba. Esta prueba es ruda. El Estado descubre así á los que pueden soportar el hambre, la sed y la indigencia sin sucumbir, el trabajo sin tomarle horror y á aquellós cuyo temperamento aceptará la terrible existencia ó, mejor dicho, la enfermedad de las oficinas. Desde este punto de vista, los cargos de supernumerarios, lejos de ser una infame especulación del gobierno para obtener trabajo gratis, serían una institución benéfica.

El joven á quien hablaba Roubourdin era un supernumerario pobre llamado Sebastián de La Roche que había ido de puntillas desde la calle del Roi-Doré al Marais, sin haberse manchado ni con una salpicadura de barro. Decía «mamá», no se atrevía á fijar los ojos en la señora de Roubourdin, cuya cara le hacía el efecto de un Louvre, y apenas enseñaba los guantes recientemente limpiados con goma elástica. La pobre madre le había puesto una moneda de cinco francos en el bolsillo para el caso en que le fuese absolutamente necesario jugar, recomendándole que no tomase nada, que permaneciese de pie y que tuviese mucho cuidado de no

tirar al suelo alguna lámpara ó alguna chuchería colocada sobre algún mueble. Iba vestido de negro, y su cara, de tez blanca y sus ojos de un hermoso color verde con reflejos dorados, estaban en armonía con una hermosa cabellera. El pobre muchacho miraba á veces á la señora Rabourdin á hurtadillas, diciéndose:—¡Qué hermosa mujer!—Al salir de allí debió pensar en aquella hada hasta el momento en que el sueño le cerrase los párpados. Rabourdin había visto en Sebastián una gran vocación, y como tomaba en serio lo del cargo de supernumerario se había interesado vivamente por aquel pobre muchacho. Por otra parte, había adivinado la miseria que reinaba en el hogar de una pobre viuda, cuyo hijo, salido del colegio hacía poco, debía haberle absorbido muchas de sus economías; de suerte que profesaba un cariño casi paternal á aquel pobre muchacho, por el cual discutía continuamente en el consejo para obtener una gratificación, llegando á veces á dársela de su propio bolsillo cuando la discusión no daba resultado. Por lo demás, reventaba á Sebastián de trabajo, lo formaba y le hacía desempeñar el cargo de Bruel, el cual daba á Sebastián cien escudos de su sueldo. Rabourdin era para la señora de La Roche y para su hijo un gran hombre y un ángel, á la vez que un tirano, y en él cifraban todas sus esperanzas. Sebastián tenía siempre los ojos fijos en el momento de llegar á ser empleado. ¡Ah! el día de la toma de posesión es un hermoso día para los supernumerarios. Todos han hecho ya mil cálculos con el dinero del primer mes, que no suele llegar nunca entero á las manos de sus madres. Venus sonríe siempre á estas primicias de la caja ministerial. Como que esta esperanza sólo podía ser realizada mediante el señor Rabourdin, único protector de Sebastián, éste sentía una abnegación sin límites hacia su jefe. El supernumerario comía dos veces al mes en la calle Duphot, pero en familia é invitado por Rabourdin, porque la señora no le invitaba nunca más que á los bailes, donde eran precisos bailadores. El corazón del pobre supernumerario latía con violencia cuando veía á Lupeaulx tomar su coche en la puerta del ministerio á las cuatro de la mañana, al mismo tiempo que él abría su paraguas para ir al Marais. El secretario general de quien dependía su suerte, que con una palabra podía darle un destino de mil doscientos francos (sí, mil doscientos francos era toda su ambición, porque con ellos podían ser felices él y su madre), pues bien, ¡aquel se-

cretario general no le conocía! Lupeaulx apenas sabía que existiese un Sebastián de La Roche. Y si el hijo de la Billardiére, el supernumerario rico de la oficina de Baudoyer, pasaba también por su lado, Lupeaulx no dejaba nunca de saludarle con amistoso movimiento de cabeza. Es natural, Benjamín de la Billardiére era hijo del primo de un ministro.

En aquel momento Rabourdin reñía al pobre Sebastián, único que estaba en el secreto de sus inmensos trabajos. El supernumerario copiaba y recopiaba la famosa memoria de ciento cincuenta pliegos, además de los encasillados, los resúmenes, los cálculos y los títulos con letras de mil clases. Alentado por su participación mecánica en aquella gran idea, el niño de veinte años rehacía un encasillado por una simple raspadura y se sentía orgulloso de tomar parte en tan noble empresa. Sebastián había cometido la imprudencia de llevar á la oficina la minuta del trabajo más peligroso, á fin de acabar su copia. Era éste un estado general de los empleados de las administraciones centrales de todos los ministerios de París, con indicaciones acerca de su fortuna presente y de sus empresas personales ajenas á su empleo.

En París, todo empleado que no tiene como Rabourdin una patriótica ambición ó alguna capacidad superior, une los frutos de una industria á los productos de su cargo, á fin de poder vivir. Es decir, que hace como el señor Saillard, se interesa en un comercio y por la noche le lleva los libros á su asociado. Muchos empleados están casados con costureras, con estanqueras, con administradoras de loterías ó con mujeres que dirigen un gabinete de lectura. Otros, como el marido de la señora Colleville, antagonista de Celestina, están colocados en la orquesta de algún teatro. Algunos, como Bruel, hacen zarzuelas, óperas cómicas ó melodramas, ó dirigen espectáculos. En este género se puede citar á los señores Sevrin, Pixerecourt, Planart, etc. En su tiempo Pigault-Lebrun, Piis y Duvicquet tenían destinos. El primer librero del señor Scribe fué un empleado del Tesoro.

Además de estos informes, el estado hecho por Rabourdin contenía un examen de las facultades morales y de las facultades físicas necesarias para conocer bien á las gentes que poseyesen inteligencia, aptitud para el trabajo y salud, tres condiciones indispensables en hombres que tenían que sopor- tar el fardo de los negocios públicos y que debían hacerlo todo bien y pronto. Pero aquel hermoso trabajo, fruto de

diez años de experiencia y de un largo conocimiento de los hombres y de las cosas, obtenido mediante amistades con los principales funcionarios de los diferentes ministerios, oía á espionaje y á policía para el que no sabía cual era su objeto. La lectura de una sola hoja, podría ser causa de un gran disgusto para el señor Rabourdin. Admirando sin restricción á su jefe é ignorando aún las maldades de la burocracia, Sebastián tenía todas las gracias y todas las desgracias de la sencillez; así es que aunque había sido ya reñido por haberse llevado el tal trabajo, tuvo el valor de confesar su falta por entero: había metido la minuta y la copia en una carpeta, donde nadie podía encontrarlas. Al comprender la importancia de su falta, algunas lágrimas brotaron de sus ojos.

—Vamos, amigo mío—le dijo con bondad Rabourdin,—no más imprudencias, pero no se apure usted. Váyase mañana muy temprano á la oficina. Aquí tiene la llave de una caja que está en mi secreter, que se cierra mediante una cerradura de combinación, ábralo usted escribiendo la palabra *Cielo* y meta dentro la minuta y la copia.

Este rasgo de confianza secó las lágrimas del buen supernumerario, á quien su jefe quiso obligar á tomar una taza de café y algunos pasteles.

—Mamá me prohíbe que tome té por causa del pecho—dijo Sebastián.

—Pues bien, hijo mío—repuso la imponente señora Rabourdin, que quería hacer un acto público de bondad,—aquí tiene usted sandwiches y crema, venga á mi lado.

Y obligó á Sebastián á sentarse á su lado haciendo palpar violentamente el corazón del pobre joven, que sintió profunda emoción al ver que la falda de aquella divinidad rozaba su traje. En este momento, la hermosa Rabourdin vió al señor de Lupeaulx, le sonrió, y en lugar de esperar á que él fuese hacia ella, fué ella hacia él, diciéndole:

—¿Por qué se queda usted ahí como si estuviese enfadado?

—No estaba enfadado—repuso él,—pero al venir á anunciarle una buena noticia, no podía menos de pensar que usted seguiría mostrándose más severa para conmigo. De aquí á seis meses me consideraba ya completamente extraño para usted. Sí, usted tiene demasiado talento y yo demasiada experiencia para que podamos engañarnos. Usted habrá lo-

grado su objeto sin que le haya costado más que sonrisas y palabras amables.

—¡Engañarnos! ¿qué quiere usted decir?—exclamó ella con aire picado aparentemente.

—Sí, el señor de la Billardière está esta noche peor que ayer, y según lo que me ha dicho el ministro, su marido será nombrado jefe de división.

Y acto continuo le contó lo que él llamaba su escena en casa del ministro, la envidia de la condesa y lo que él había dicho con motivo de la invitación que él trataba de lograr para el señor Rabourdin.

—Señor Lupeaulx—respondió con dignidad la señora de Rabourdin,—permítame usted que le diga que mi marido es el jefe de negociado más antiguo y el más capaz, que el nombramiento de ese viejo Billardière fué un abuso que ha indignado á los empleados y que mi marido está de interino hace un año; de modo que no tenemos competidor ni rival.

—Eso es verdad.

—Pues bien—repuso sonriendo y enseñando la dentadura más hermosa del mundo,—¿la amistad que yo le profeso puede ir acaso mezclada del más mínimo interés? ¿Puede usted creermelo capaz de eso?

Lupeaulx hizo un gesto de denegación admirativa.

—¡Ah! el corazón de las mujeres será siempre un secreto para los hombres más hábiles. Sí, yo le he visto venir á usted aquí con el mayor placer, y en el fondo de mi placer había una idea interesada.

—¡Ah!

—Usted tiene un porvenir sin límites—le dijo al oído; usted será diputado y después ministro (¡qué placer para un ambicioso el oír que le dice estas palabras al oído la atractiva voz de una mujer hermosa!) ¡Oh! yo le conozco á usted mejor que usted mismo. Rabourdin es un hombre que le será á usted de inmensa utilidad en su carrera y que le hará los trabajos mientras usted está en la cámara. Del mismo modo que usted sueña con una cartera, yo quiero para Rabourdin el Consejo de Estado y una dirección general. Yo me he empeñado en reunir á dos hombres que no se perjudicarán nunca el uno al otro y que pueden servirse poderosamente. ¿No es este el verdadero papel de una mujer? Siendo amigos, uno y otro avanzarán más rápidamente, y creo que ya es tiempo de obrar. He quemado mis naves—añadió son-

riendo.—Usted no es tan franco conmigo como yo lo soy con usted.

—Usted no quiere escucharme—repuso él con aire melancólico, á pesar de la alegría interior y profunda que le causaba la señora Roubourdin.—¿Qué me importan las promociones futuras si usted me destituye aquí?

—Antes de escucharle—dijo la señora Roubourdin con su vivacidad parisiense,—sería preciso que pudiésemos entendernos.

Y dejó al viejo fatuo para ir á hablar con la señora de Chesel, condesa provinciana que parecía dispuesta á marcharse.

—¡Esta mujer es extraordinaria!—se dijo Lupeaulx; —á su lado no me reconozco.

En efecto, aquel hombre corrido que seis años antes se burlaba de todo, que, gracias á su posición, se formaba un serrallo con las mujeres bonitas de los empleados y que vivía en el mundo de los periodistas y de las actrices, estuvo encantador toda la noche para con Celestina y fué el último en dejar el salón.

—En fin—pensó la señora Roubourdin mientras se desnudaba,—ya tenemos el destino. Doce mil francos al año, las gratificaciones y la renta de nuestra quinta Grajeux, harán veinte mil francos, que si no son el desahogo, tampoco son la miseria.

Celestina se durmió pensando en sus deudas, calculando que en tres años, mediante una amortización anual de seis mil francos, podría pagarlas. Estaba muy lejos de imaginarse que una mujer que no había puesto nunca los pies en un salón, que una burguesita ridícula é interesada, sin apoyo ni conocimientos, pensase en tomar por asalto el puesto que ella creía ocupado ya de antemano por Roubourdin. La señora Roubourdin hubiese despreciado á la señora Baudoyer si hubiese sabido que era su antagonista, pues ignoraba el poder de la pequeñez, esa fuerza del gusano que roe un olmo dando vueltas por debajo de la corteza.

Si fuese posible servirse en literatura del microscopio de los Leuwenhoek, de los Malpighi, de los Raspail, cosa que fué intentada por el berlinés Hoffmann, y si se aumentasen y dibujasen esos gusanos que han puesto á Holanda á dos dedos de perderse royendo sus diques, tal vez se podrían señalar figuras semejantes á las de los señores Gigonnet, Mitral, Baudoyer, Saillard, Gaudrón, Falleix, Transón, Godard y

compañía, gusanos que, por su parte, han mostrado su poder en el año 30 de este siglo. Ahora es llegado el momento de mostrar los gusanos que bullían en las oficinas donde se han preparado las principales escenas de este estudio.

En París, casi todas las oficinas se parecen. A cualquier ministerio que vayáis para solicitar el menor derecho al favor más ligero, encontraréis corredores oscuros, habitaciones poco amuebladas y puertas perforadas como los palcos del teatro, con un vidrio oval que semeja un ojo por el cual se ven fantasías dignas de Callot. Cuando habéis encontrado el objeto de vuestros deseos, os halláis en una primera pieza ocupada por el mozo; existe una segunda donde están los empleados inferiores, después viene á la derecha ó á la izquierda el despacho de un subjefe, y, por fin, más lejos ó más arriba, el del jefe de negociado. Respecto al inmenso personaje llamado jefe de división en tiempo del Imperio, director á veces cuando la Restauración y que vuelve ahora á llamarse jefe de división, se alberga encima ó debajo de sus dos ó tres oficinas y en ocasiones, después de la de los jefes, su habitación se distingue siempre por su amplitud, ventaja bien notada en esos singulares alvéolos de la colmena llamada ministerio ó dirección general. Hoy, casi todos los ministerios han absorbido á esas habitaciones separadas antaño. Con esta aglomeración, los directores generales han perdido todo su lustre al perder su palacio, sus salones y su pequeña corte. ¿Quién reconocería hoy en el hombre que llega á pie al Tesoro, que sube al segundo piso, al director general de bosques ó de contribuciones indirectas, albergado antaño en un magnífico palacio de la calle de Sainte-Avoye ó en la calle de San Agustín, consejero y á veces ministro de Estado y par de Francia? (Los señores Pesquier y Malé, entre otros, se han contentado con direcciones generales después de haber sido ministros, poniendo así en práctica la frase del duque de Antin á Luis XIV: «Señor, cuando Jesucristo murió el viernes es porque sabía que volvía el domingo»). Si el director general, al perder su lujo, hubiese ganado en extensión administrativa, el mal no sería enorme; pero hoy este personaje se encuentra con gran pena de refrendario, disfrutando el miserable haber de veinte mil francos. Como símbolo de su antiguo poder, se le tolera un alguacil con calzón corto y medias de seda, si es que esto del alguacil no ha sido reformado últimamente.

En estilo administrativo, una oficina se compone de un ordenanza, de varios supernumerarios que trabajan gratis durante un cierto número de años, de simples escribientes, de oficiales redactores, de oficiales de órdenes ú oficiales principales, de un subjefe y de un jefe. La división, que comprende ordinariamente dos ó tres oficinas, cuenta á veces mayor número. Los títulos denominativos varían según las administraciones. Puede haber un interventor en lugar de un oficial de órdenes ó de un tenedor de libros, etc.

Largo como el corredor y empapelado con mezquino papel el cuarto ocupado por el mozo, tiene por muebles una estufa, una gran mesa negra, plumas, tintero, algunas veces una fuente y por fin banquetas lisas y llanas; pero el mozo sentado en un sofá, descansa los pies en un magnífico felpudo. La oficina de los empleados es una gran pieza más ó menos clara, pero rara vez entarimada. La tarima y la chimenea pertenecen exclusivamente á los jefes de negociado y de división, lo mismo que los estantes, los armarios y las mesas de caoba, los sofás cubiertos de marroquí rojo ó verde, los divanes, las cortinas de seda y otros objetos de lujo administrativo. La oficina de los empleados tiene una estufa cuyo tubo va á parar á una chimenea tapiada si es que hay chimenea. El papel de las paredes es liso, de un color verde ú oscuro. Las mesas son de madera negra. La industria de los empleados se manifiesta por su manera de colocarse. Los frioleros se ponen bajo los pies una especie de pupitre de madera, y el hombre de temperamento bilioso sanguíneo no tiene más que una estera; el linfático que teme los vientos colados, las aberturas de las puertas y otras causas que influyen en el cambio de la temperatura, se forma sobre la mesa una especie de mampara con cartones. Existe un armario donde cada uno mete la ropa de trabajo, las mangas de tela, las pantallas, las gorras y otros utensilios del oficio. La chimenea está casi siempre llena de jarros llenos de agua, de vasos y de restos de almuerzo. En algunos locales oscuros hay quinqués. La puerta del despacho que ocupa el subjefe está abierta, de modo que puede vigilar á sus empleados, impedirles que hablen demasiado ó ir á hablar con ellos en las grandes circunstancias. El mobiliario de la oficina indicaría al observador en caso de necesidad la calidad de los que la ocupan. Las cortinas son blancas ó de color, de algodón ó de seda; las sillas son de cerezo ó de caoba, guar-

nicadas de paja, de taflete ó de paño; los papeles son más ó menos frescos. Pero sea cualquiera la administración á que pertenezcan estas cosas públicas, tan pronto como salen del ministerio, nada más extraño que aquel conjunto de muebles que ha visto tanto amos y tantos regímenes y que ha sufrido tantos desastres. De modo que de todas las mudanzas, las más grotescas de París son las de las administraciones. Jamás el genio de Hoffman ha inventado nada más fantástico. No se da uno cuenta de lo que pasa en las carretas. Las carpetas bostezan dejando un reguero de polvo en las calles. Las mesas muestran sus grietas, los sofás están carcomidos; en una palabra, los inservibles utensilios con que se administra la Francia tienen espantosas fisonomías. Aquello es algo que participa á la vez de los negocios del teatro y de las máquinas de los saltimbaquis. Lo mismo que en los obeliscos se ven allí sombras de inteligencia y huellas de escritura que turban la imaginación, como todo lo que se ve sin poder comprender su fin. En fin, todo ello es tan viejo, tan derrenegado y tan pasado, que la batería de cocina más sucia es infinitamente más grata á la vista que los utensilios de oficina.

Tal vez bastará describir las oficinas del señor de la Billardiére para que los extranjeros y las gentes que viven en provincias puedan formarse idea exacta de las costumbres de las oficinas, pues estos cargos principales son sin duda comunes á todas las administraciones europeas.

En primer lugar y ante todo, figuraos á un hombre descrito del siguiente modo en el anuario:

JEFE DE DIVISIÓN

«El señor barón Flamet de la Billardiére (Atanasio Juan Francisco Miguel), antiguo gran preboste del departamento de la Corrèze, gentilhombre ordinario de la cámara, refrendario en servicio extraordinario, presidente del gran colegio del departamento de la Dordoña, oficial de la Legión de honor, caballero de San Luis y de las órdenes extranjeras del Cristo, de Isabel, de San Vladimiro, etc., miembro de la academia del Gers y de varias otras sabias sociedades, vicepresidente de la sociedad de las buenas letras, miembro de la asociación de San José y de la sociedad de cárceles, alcalde de uno de los barrios de París, etc., etc.»

Este personaje, que adquiría tan gran desarrollo tipográfico, ocupaba entonces cinco pies y seis pulgadas de largo por treinta líneas de ancho en una cama, con la cabeza cubierta con un gorro de algodón, visitado por el ilustre Desplein, cirujano del rey y por el joven doctor Bianchón, cuidado por dos parientes viejos; rodeado de frascos, trapos, remedios y otros instrumentos mortuorios y acechado por el cura de San Roque que le insinuaba que pensase en su salvación. Su hijo Benjamín de la Billardière, preguntaba todas las mañanas á los dos doctores:

—¿Green ustedes que tendré la dicha de conservar á mi padre?

La mañana misma del día á que nos referimos, el heredero había hecho una transposición, poniendo la palabra «desgracia» en lugar de la palabra «dicha».

Ahora bien, la división de la Billardière, estaba situada á sesenta peldaños de altura bajo las buhardillas en el océano ministerial de un magnífico palacio, al nordeste de un patio, donde había varias cuerdas, ocupadas en la actualidad por la división Clergeot. Un descansillo separaba á las dos oficinas, cuyas puertas estaban rotuladas. Los despachos y antesalas de los señores Rabourdin y Baudoyer estaban debajo, en el segundo piso. Después del de Rabourdin, se hallaban la antesala, el salón y los dos gabinetes del señor de la Billardière.

En el primer piso, dividido en dos por un entresuelo, estaba el albergue y el despacho de don Ernesto de La Brière, personaje oculto y misterioso que será descrito en algunas frases, pues bien merece un paréntesis. Durante todo el tiempo que duró el ministerio, fué secretario particular del ministro. Su habitación comunicaba por una puerta de escape con el despacho de su excelencia, el cual además de su despacho ordinario de trabajo, tenía otro en armonía con las grandes habitaciones en que su excelencia recibía, á fin de poder trabajar únicamente con su secretario particular sin testigos y poder conferenciar con grandes personajes sin que su secretario estuviese presente. Un secretario particular es al ministro lo que Lupeaulx era al ministerio. Entre el joven Labrière y Lupeaulx había la misma diferencia que entre el ayudante de campo y el jefe de estado mayor. Este aprendiz de ministro se va y reaparece á veces con su protector. Si el ministro cae con el favor real ó con esperanzas parlamen-

tarias, se lleva á su secretario para volver á traerlo, si no lo echa á pacer en algún campo administrativo, en el tribunal de cuentas, por ejemplo, esa posada donde los secretarios esperan á que la tormenta se disipe. Este joven no es precisamente un hombre de Estado. Cuando se piensa en el sinnúmero de cartas que tiene que abrir y leer además de sus ocupaciones ¿no es evidente que en un estado monárquico se pagaría muy caro este servicio? Una víctima de este género cuesta en París entre diez y veinte mil francos; bien es verdad que aprovecha palcos, invitaciones y coches ministeriales. El emperador de Rusia se consideraría muy feliz teniendo por cincuenta mil francos al año uno de estos simpáticos canes constitucionales, tan cariñosos, tan mansos, tan dóciles, tan maravillosamente amaestrados y tan fieles. Pero el secretario particular no viene, no se obtiene, no se descubre, no se desarrolla más que en los invernaderos de un gobierno representativo. En la monarquía no hay más que cortesanos y servidores, mientras que con un código constitucional os veis servido, acariciado y adulado por hombres libres. Los ministros en Francia son, pues, más felices que las mujeres y que los reyes, pues tienen alguien que les comprende. Tal vez es preciso compadecer á los secretarios particulares al igual que á las mujeres y que al papel blanco, pues lo sufren todo. Como la mujer casta, no pueden tener talento más que en secreto y para sus ministros. Si tienen talento en público están perdidos. Un secretario particular, es pues, un amigo dado por el gobierno. Volvamos á las oficinas.

Tres mozos vivían en paz en la división de la Billardière, á saber: un mozo para las dos oficinas, otro común á los dos jefes, y el del director de la división, los tres sostenidos por el Estado, con esa conocida librea azul con galones rojos y azules. El de la Billardière parecía un alguacil. Para adular el amor propio del primo de un ministro, el secretario general había tolerado esta usurpación que por otra parte ennoblecía al cargo.

Verdaderos pilares de ministerios, expertos en costumbres burocráticas, estos mozos sin necesidades, bien alimentados y bien vestidos á expensas del Estado, ricos gracias á su sobriedad, sondaban á los empleados hasta la médula. Como no tenían más medio de no aburrirse que el observarlos y estudiar sus manías, sabían hasta qué punto podían prestar-

les dinero, haciendo sus recados con la más entera discreción, yendo á empeñar ó á desempeñar al monte de piedad, comprando papeletas y prestando sin interés; bien es verdad que ningún empleado pedía la menor suma sin darles una gratificación y las sumas eran ligeras y prestadas por plazos de una semana. Estos servidores sin amos, tenían novecientos francos de sueldo; las propinas y gratificaciones hacían ascender estos emolumentos á mil doscientos francos y estaban en situación de poder ganar otro tanto con los empleados, pues los almuerzos de los que almorzaban pasaban por sus manos. En ciertos ministerios el conserje hacía los almuerzos. La conserjería del ministerio de Hacienda le había valido cerca de cuatro mil francos al padre Thuiller, cuyo hijo era uno de los empleados de la división de la Billardiére. Los mozos se encontraban á veces con que algunos solicitantes les ponían en la mano monedas de cinco francos, que ellos recibían con rara impasibilidad. Los más antiguos no llevan la librea del Estado más que en el ministerio y salen á la calle de paisano.

El de las oficinas generales, el más rico de todos, explotaba á la generalidad de los empleados. Hombre de sesenta años, con cabellos blancos cortados al rape, rechoncho, cuello apoplético, rostro común y ojos grises, tal es el retrato de Antonio, el mozo más viejo del ministerio. Antonio había hecho venir de las Echelles de Saboya y había colocado á sus dos sobrinos Lorenzo y Gabriel, el uno al servicio de los jefes y el otro al del director. Robustos como su tío, de treinta á cuarenta años de edad, fisonomía de comisionistas y porteros del teatro real por la noche, plazas que habían obtenido mediante la influencia del señor de la Billardiére, estos dos saboyanos estaban casados con hábiles planchadoras de encajes. El tío soltero, sus sobrinos y sus mujeres vivían juntos y mucho mejor que la mayor parte de los sub-jefes. Gabriel y Lorenzo, que llevaban apenas diez años de empleo, no habían llegado aun á despreciar el uniforme y salían de librea orgullosos como actores dramáticos después de un éxito. Su tío, á quien servían con fanatismo y que les parecía un hombre útil, les iba iniciando lentamente en los misterios del oficio. Los tres iban á abrir las oficinas, las limpiaban entre siete y ocho y leían los periódicos ó polí-queaban á su modo acerca de los asuntos de la división con otros mozos, cambiando entre sí impresiones. Como los cria-

dos modernos que conocen perfectamente los negocios de sus amos, aquellos mozos estaban en el ministerio como arañas en el centro de su tela, percibiendo hasta la menor conmoción que se operase en ella.

El jueves por la mañana, al día siguiente de la reunión ministerial y de la reunión en casa de Rabourdin, en el momento en que el tío se afeitaba ayudado por sus dos sobrinos en la antesala de las oficinas en el segundo piso, fueron sorprendidos por la llegada imprevista de un empleado.

—Es el señor Dutocq—dijo Antonio.—Lo reconozco por su paso de ratero. Ese hombre parece que patina cuando anda. Caer sobre uno sin que se sepa por donde ha venido. Ayer, contra su costumbre, fué el último en salir, cosa que no ha ocurrido nunca desde que está empleado.

De treinta y ocho años, rostro oblongo y de tez biliosa, cabellos grises cortados siempre al rape, cejijunto, nariz torcida, labios recogidos, ojos verde claros que parecían rehuir la mirada del prójimo, estatura elevada, el hombro derecho más levantado que el izquierdo, levita obscura, chaleco negro, corbata de pañuelo, pantalón amarillento, medias de lana negras y zapatos bajos, y ahí tenéis al señor Dutocq, oficial de órdenes del señor Rabourdin. Inútil y callejero, odiaba á su jefe. Nada más natural. Rabourdin no tenía ningún vicio que adular, ningún punto flaco por donde Dutocq hubiera podido hacerse útil. Demasiado noble para perjudicar á un empleado, Rabourdin era también demasiado perspicaz para dejarse engañar por nadie. Dutocq existía, pues, gracias á la generosidad de Rabourdin y no tenía esperanzas de ascenso mientras éste dirigiese la división. Aunque no se sentía con facultades para desempeñar una plaza superior, Dutocq conocía suficientemente las oficinas para saber que la incapacidad no impide los ascensos, y por otra parte esperaba que no le sería difícil encontrar un Rabourdin en sus subordinados, pues el ejemplo de la Billardiére era escandaloso y funesto. La maldad combinada con el interés personal equivalen al ingenio. Muy malo y muy interesado, este empleado había procurado, pues, consolidar su posición convirtiéndose en el espía de las oficinas. Desde 1816, tomó un color religioso muy pronunciado presintiendo el favor de que gozarían las gentes á quienes los necios incluían indistintamente en aquel tiempo entre el número de los jesuitas. Perteneciendo á esta congregación sin ser admitido en sus misterios, Dutocq iba

de una oficina á otra, exploraba las conciencias diciendo chistes é iba á charlarle á Lupeaulx sus noticias instruyéndole en los más pequeños detalles. Por esto el secretario general asombraba á veces al ministro con sus profundos conocimientos de los asuntos internos. Dutocq acechaba el honor de los mensajes secretos de Lupeaulx, el cual toleraba á este hombre inmundo pensando que por casualidad podía llegarle á serle útil, aunque sólo fuese para sacarle de apuros á él ó á algún otro personaje mediante un matrimonio vergonzoso. Uno y otro se comprendían bien. Dutocq contaba con esta ventura viendo en ella un buen destino, y seguía soltero. Dutocq había sucedido al señor Poiret el mayor, retirado desde 1814, época en que hubo grandes reformas entre los empleados. Vivía en un quinto piso de la calle Saint-Louis-Saint-Honoré. Apasionado por las colecciones de grabados antiguos, pretendía tener Rembrandt, Charlet, Silvestre, Audran, Callot, Albérto Durer, etc. Como la mayor parte de los coleccionistas y los que hacen la compra por sí mismos, tenía la pretensión de que lo adquiriría todo muy barato. Vivía en una casa de huéspedes de la calle de Beaume y pasaba la noche en el Palais-Royal, yendo á veces al teatro gracias á Bruel, que le daba todas las semanas algún pase de favor. Dos palabras acerca de Bruel.

Aunque suplido por Sebastián, al que daba la pobre indemnización que ya sabéis, Bruel iba sin embargo á la oficina, pero únicamente para creerse y para decirse jefe y para cobrar la paga. Hacía la crítica de los teatrillos en un periódico ministerial, donde escribía también artículos por encargo de los ministros, posición ésta conocida, definida é inatacable. Bruel no carecía, por otra parte, de ninguno de esos pequeños estudios diplomáticos que podían procurarse la benevolencia general. Regalaba un palco á la señora Rabourdin todas las primeras representaciones é iba á buscarla y á llevarla en coche, atención que la señora le agradecía mucho; por esto Rabourdin, que era muy tolerante y poco amigo de molestar á sus empleados, le dejaba andar á su gusto dándole tiempo para hacer sus vaudevilles. El señor duque de Chaulieu sabía que Bruel se ocupaba en hacer una novela que debía serle dedicada. Vestido con el abandono del *vaudevillista*, el jefe llevaba por la mañana pantalón largo, zapatos, levita color aceituna y corbata negra. Por la tarde se vestía elegantemente, pues tenía pretensiones

de *gentleman*. Bruel vivía accidentalmente en la casa de Florina, actriz, para la cual escribía papeles. Francine se albergaba entonces en casa de Talía, bailarina más notable por su belleza que por su talento. Esta vecindad permitía al jefe ver frecuentemente al duque de Rhétoré, hijo mayor del duque de Chaulieu, favorito del rey. El duque de Chaulieu había obtenido para Bruel la cruz de la Legión de honor, después de la undécima pieza de costumbres. Bruel, ó si queréis, Cursy, hacía en este momento una obra de cinco actos para los Franceses. Sebastián quería mucho á Bruel, que le daba algunas entradas generales. El pobre joven le consideraba como un gran escritor y aplaudía lleno de fe aquellos pasajes que Bruel le señalaba como dudosos. A Sebastián fué á quien Bruel le dijo al día siguiente de la primera representación de un *vaudeville* hecho como todos los *vaudevilles*, por tres colaboradores, y en el que se habían silbado algunos pasajes: «El público ha reconocido las escenas hechas entre dos.»

—¿Por qué no trabaja usted solo?—le respondió sencillamente Sebastián.

Había poderosas razones para que Bruel no trabajase solo. Bruel era un tercio de autor. Como pocas personas saben, un autor dramático se compone: primero, de *hombre de ideas* encargado de encontrar los asuntos y de construir la arquitectura ó *scenarior* del *vaudeville*; después de un *cavador*, encargado de redactar la pieza, y, por fin, de un *hombre-memoria*, encargado de poner música á los *couplets*, de arreglar los coros, de cantarlos y de adaptarlos á la situación. Bruel, verdadero *cavador*, leía en la oficina los libros nuevos, extraía de ellos las frases ocurrentes y tomaba buena nota para esaltar con ella su diálogo. Cursy (tal era su pseudónimo ó nombre de guerra) era estimado por sus colaboradores á causa de su golpe de vista, pues con él, seguro de ser comprendido, el encargado del argumento podía cruzarse de brazos. Los empleados de la división querían bastante al *vaudevillista* para ir en masa á aplaudir sus estrenos, pues merecía el título de un buen muchacho. Dádivo por temperamento, se prestaba fácilmente á pagar un helado ó un ponche y daba cincuenta francos sin reclamarlos jamás. Dueño de una quinta en Aulnay, Bruel, además de los cuatro mil quinientos francos de sueldo, cobraba mil doscientos francos de pensión de la lista civil y ochocientos de los cien mil votados por las

cámaras para la protección de las artes. Añadid á estos diversos productos nueve mil francos ganados con los cuartos, los tercios y las mitades de los *vaudevilles* en tres teatros diferentes, y comprenderéis que estuviese gordo, fresco y con aspecto de propietario. En lo moral, Bruel era amante oculto de Tulia y se creía preferido, como siempre, al duque de Rhétoré, amante oficial.

Dutocq no había visto sin espanto lo que él llamaba la unión de Lupeaulx con la señora Rabourdin, y su rabia sorda se había acrecentado. Por otra parte, tenía una mirada demasiado escudriñadora para no haber adivinado que Rabourdin se entregaba á un gran trabajo ajeno á los trabajos oficiales, y él se desesperaba porque no podía saber nada, mientras que Sebastián estaba en todo ó en parte en el secreto. Dutocq había intentado unirse con el señor Godard, subjefe de Baudoyer, colega de Bruel, y lo había logrado. La alta estimación que Dutocq tenía á Baudoyer había determinado su unión con Godard; no porque Dutocq fuese sincero, sino porque alabando á Baudoyer y no diciendo nada de Rabourdin, satisfacía á su manera su odio de alma mezquina.

Jose Godard, primo de Mitral por parte de madre, había fundado en este lejano parentesco con Baudoyer sus pretensiones á la mano de la señorita Baudoyer; como es consiguiente, á sus ojos Baudoyer brillaba como un genio. Sentía una gran estimación por Isabel y por la señora Saillard, y como no había notado aún que la señora Baudoyer conquistaba á Falleix para su hija, le hacía frecuentes regalitos de flores artificiales, bombones por año nuevo y lindas cajas de dulces el día de su santo. De veintiséis años de edad, trabajador, débil como una señorita, monótono, apático, sentía horror por el café, los cigarros y la equitación, se acostaba regularmente á las diez y se levantaba á las siete, tenía algunas aptitudes para el trato social, entre ellas, la de bailar contradanzas, lo cual le había puesto en gran estima en casa de los Saillard y de los Baudoyer. Godard era además muy aficionado á la historia natural, hacía colecciones de minerales y de conchas, sabía embalsamar pájaros, y almacenaba en su cuarto un montón de curiosidades compradas á bajo precio: piedras de mérito, modelos de palacios en corcho, petrificaciones de la fuente de Saint-Allyre en Auvernia, etc. Acaparaba todos los frascos de perfumería

para poner sus muestras de barita, sales, sulfatos, corales, magnesia, etc.; amontonaba mariposas en cuadros, y en las paredes sombrillas de la China y pieles de pescado secas. Vivía en casa de su hermana, florista, en la calle de Richelieu. Aunque muy admirado por las madres de familia, este joven modelo era despreciado por las obreras de su hermana, y sobre todo por la señorita del mostrador, que durante mucho tiempo tuvo esperanzas de pescarle. Flaco y enclenque, de mediana estatura, ojos hundidos y poca barba, José Godard se cuidaba poco de su persona, sus ropas estaban mal cortadas, sus pantalones anchos formaban saco, llevaba medias blancas en todas las estaciones, un sombrero de ala estrecha y zapatos con lazos. Sentado en la oficina en su sofá, se quejaba mucho de las digestiones. Su principal vicio consistía en proponer giras campestres los domingos de verano á Montmorency para comer sobre la hierba é ir á tomar leche al bulevar de Mont-Parnasse. Hacía seis meses que Dutocq empezaba á ir de cuando en cuando á casa de la señorita Godard esperando hacer algunos negocios en aquella casa, descubriendo algún tesoro hembra.

De esta suerte, Baudoyer tenía dentro de las oficinas en Dutocq y en Godard dos encomiadores. El señor Saillard, incapaz de juzgar á Dutocq, le hacía á veces visitas á la oficina. El joven Billardiére, que estaba de supernumerario con Baudoyer, era del partido de éste. Las cabezas privilegiadas se reían mucho de esta alianza entre aquellos incapacitados. Baudoyer, Godard y Dutocq habían sido bautizados por Bixiou con el nombre de la Trinidad sin ingenio, y el pequeño la Billardiére con el de Cordero Pascual.

—Se ha levantado usted muy temprano—dijo Antonio á Dutocq poniendo cara risueña.

—Y usted, Antonio—respondió Dutocq,—ya ve usted que los periódicos llegan á veces antes de que usted nos los dé.

—Hoy, por casualidad—dijo Antonio sin desconcertarse.

—Nunca han venido dos veces á la misma hora.

Los dos sobrinos se miraron á hurtadillas, como para decirse admirando á su tío: ¡Qué desfachatez!

—Aunque me deja diez céntimos diarios por el almuerzo

—dijo Antonio cuando oyó que Dutocq cerraba la puerta,

—renunciaría gustoso á ellos por no verle más en las oficinas.

—¡Ah! hoy no es usted el primero en venir, señor Sebas-

tián—dijo Antonio al supernumerario un cuarto de hora después de ocurrida esta escena.

—¿Pues quién ha llegado?—preguntó el pobre muchacho palideciendo.

—El señor Dutocq—respondió el ujier Lorenzo.

Las naturalezas vírgenes tienen más que ninguna otra un inexplicable don de segunda vista, cuya causa estriba tal vez en la pureza de su aparato nervioso, nuevo en cierto modo. Sebastián había adivinado, pues, el odio de Dutocq contra su venerado Rabourdin. Así es que apenas había pronunciado Lorenzo este nombre, cuando, movido por horrible pensamiento, exclamó:

—Me lo sospechaba.

Y se lanzó al corredor con la rapidez de una flecha.

—Habrás gresca en las oficinas—dijo Antonio meneando su canosa cabeza al mismo tiempo que se ponía el uniforme. —Bien se ve que el señor barón va á saldar su cuenta con Dios. Sí, la señora Gruget, su enfermera, me ha dicho que no pasaría de hoy. ¡Qué movimiento va á haber aquí! ¡Hola! vosotros, ir á ver si están bien las estufas, que no tardará en venir la gente.

—La verdad es—dijo Lorenzo—que ese muchacho parece haber tenido un gran disgusto al saber que este jesuita Dutocq se le había anticipado.

—En vano le sermoneo yo, porque, como buen empleado, quiero decirle la verdad, y ese muchacho es lo que se llama un buen empleado, pues no deja nunca de dar sus diez francos por año nuevo—repuso Antonio.—Yo le digo: «Cuanto más haga usted más le pedirán, y le dejarán al fin sin ascenso». Pero él no me hace caso. Se mata quedándose ahí hasta las cinco, una hora más que los demás (se encoge de hombros). ¡Tonterías! no se logra nada de ese modo... La prueba es que aun no ha llegado la hora de darle sueldo á ese pobre muchacho, que sería un buen empleado. ¡Y después de dos años! La verdad es que esto indigna.

—Pues el señor Rabourdin le quiere mucho—dijo Lorenzo.

—Sí, pero el señor Rabourdin no es ministro—repuso Antonio—y tardará en serlo tanto como las gallinas en tener dientes... Es demasiado... Pero, en fin, callemos. Cuando yo pienso que llevo la nómina á firmar de algunos farsantes que se están en sus casas y hacen en ellas lo que quieren, mien-

tras que este pequeño La Roche se mata trabajando, me pregunto si Dios estará en estas oficinas. ¿Y qué es lo que le dan á uno esos protegidos del mariscal y del señor duque? Las gracias (hace un signo protector con la cabeza). «Gracias, mi querido Antonio». ¡Hato de holgazanes! trabajad, ó seréis causa de una revolución. Quisiera yo ver si había semejantes tipos en tiempo de Roberto Lindet, porque yo, tal como me veis aquí, entré en esta casa cuando Roberto Lindet, y en sus tiempos el empleado trabajaba. Había que ver á todos aquellos cagatintas hasta las doce con las estufas apagadas y sin notarlo siquiera; bien es verdad que también la guillotina estaba allí. No es por hablar, pero les imponían severos castigos cuando llegaban tarde.

—Tío Antonio—dijo Gabriel,—puesto que está usted hablador esta mañana, díganos qué idea se ha formado usted del empleado.

—El empleado es un hombre sentado ante una mesa. Pero ¿qué estoy diciendo? Sin los empleados, ¿qué seríamos nosotros? ¡Hola! ir á ver como van las estufas y no habléis nunca mal de los empleados. Gabriel, la estufa del despacho grande tira como un demonio y hay que darle media vuelta á la llave.

Antonio se colocó en el descansillo en un lugar desde donde podía ver desembocar á los empleados por debajo de la puerta cochera. Conocía á todos los del ministerio y los observaba en su manera de andar fijándose en las diferencias que ofrecían sus trajes. Antes de entrar en el drama, es necesario pintar aquí la silueta de los principales actores de la división la Billardiére, los cuales nos procurarán algunas variedades del género empleado y justificarán no sólo las observaciones de Rabourdin, sino también el título de este estudio, esencialmente parisiense. En efecto, fijaos bien. En el relato de las miserias y de la originalidad, hay empleados y empleados. Distinguid siempre al empleado de París del empleado de provincias. En provincias el empleado es feliz, tiene buena casa con jardín y buen despacho, bebe buen vino y barato, no come carne de caballo y conoce el lujo de los postres. En lugar de crearse deudas, hace economías. Sin saber precisamente lo que come, todo el mundo os dirá que *no se come el sueldo*. Si es soltero, las madres de familia le saludan al pasar, y si es casado, su mujer y él van al baile á casa del administrador, del prefecto y del subprefecto. Se

ocupan de su carácter, se crea una reputación de hombre de ingenio, todo el pueblo le conoce, hasta el punto de interesarse por su mujer y sus hijos; puede dar reuniones, y si tiene medios ó un suegro en buena posición, puede llegar á ser diputado. Su mujer es vigilada por el meticuloso espionaje de los pueblos pequeños, y si es desgraciado en su vida privada, lo sabe, mientras que en París un empleado puede no saber nada. En fin, el empleado de provincias es *algo*, mientras que el empleado de París apenas es *alguien*.

El primero que llegó después de Sebastián era un redactor de las oficinas del despacho de Rabourdin, honrado padre de familia llamado señor Phellion y que debía á la protección de su jefe una media pensión en el colegio de Enrique IV para cada uno de sus hijos, favor muy justo, pues Phellion tenía, además, una hija educada gratis en un colegio, donde su mujer daba lecciones de piano y donde él daba una clase de Geografía é Historia durante la noche. Hombre de cuarenta y cinco años, sargento mayor de su compañía en la guardia nacional, muy compasivo de palabra, pero sin posición para poder dar un céntimo, el oficial redactor vivía en la calle del Faubourg Saint-Jacques, no lejos de los *Sordo-Mudos*, en una casa con jardín que sólo le costaba cuatrocientos francos. Orgullosos de su destino, feliz con su suerte, se aplicaba en servir al gobierno, se creía útil á su país y se alababa de su indiferencia en política, en la que no veía nunca más que el PODER. El señor Rabourdin causaba un verdadero placer á Phellion cada vez que le rogaba que se quedase media hora más para acabar algún trabajo, pues entonces él podía decirles á las señoritas de La Grave (ya que Phellion comía en Notre-Dame-des-Champs, en el colegio donde su mujer enseñaba música): «Señorita, los negocios han exigido que me quedase en la oficina. Cuando se está al servicio del gobierno, uno no es dueño de sí mismo». Había compuesto libros por preguntas y respuestas, al uso de los colegios de señoritas. Estos pequeños *tratados substanciales*, como él los llamaba, se vendían en casa del librero de la Universidad con el nombre de *Catecismo histórico y geográfico*. Creyéndose obligado á ofrecer á la señora Rabourdin un ejemplar en papel vitela magníficamente encuadernado de cada nuevo catecismo, se lo llevaba él mismo, vestido de punta en blanco: calzón de seda, medias de seda, zapatos con hebillas de oro, etc. El

señor Phellion recibía los jueves por la noche después de haberse acostado los colegiales, y daba cerveza y pasteles. Se jugaba á la berlanga, á real la postura. A pesar de ser ésta tan pequeña, algunos jueves el señor Laudigeois, empleado en la Alcaldía, llegaba á perder diez francos. Empapelado de verde con franjas rojas, su salón estaba adornado con retratos del rey, de la Delfina y de Madame, de dos grabados de Mazeppa, según Horacio Vernet, y de la del Convoy del pobre, según Vignerón, «cuadro sublime de pensamiento y que, según Phellion, debía consolar á las últimas clases de la sociedad, probándoles que tenían amigos más allá de la tumba». Por estas palabras, supongo que adivinaréis al hombre que llevaba todos los años, el día de Difuntos, al cementerio del Este á sus tres hijos, á los cuales les enseñaba los veinte metros de tierra comprados á perpetuidad, donde habían sido enterrados su padre y la madre de su mujer. «Aquí vendremos á parar todos» — les decía, para familiarizarlos con la idea de la muerte. Uno de sus mayores placeres consistía en explorar los alrededores de París, cuyo mapa iba haciendo. Conocedor ya á fondo de Antony, Arcueil, Bièvre, Fontenay-aux-Roses y Aulnay, tan célebre por ser mansión de algunos grandes escritores, esperaba con el tiempo conocer todos los alrededores de la parte Oeste de París. Pensaba dedicar á su hijo mayor á la administración y al segundo á la escuela politécnica. Al mayor le decía á veces: «Cuando tú tengas el honor de ser empleado del gobierno...», pero parecía entrever en él una cierta vocación por las ciencias exactas, que procuraba reprimir, reservándose la libertad de abandonarlo á sí mismo en el caso de que persistiese. Phellion no se había atrevido nunca á rogar al señor Rabourdin que le hiciese el honor de comer en su casa, aunque hubiese considerado el tal día como uno de los más hermosos de su vida. Decía que si pudiese dejar á algunos de sus hijos siguiendo las huellas de un Rabourdin, moriría siendo el padre más feliz del mundo. Sabía hacer de tal modo el elogio de este digno y respetable empleado á las señoritas de La Grave, que deseaban ver al gran Rabourdin como un joven puede desear ver al señor de Châteaubriand. «Nos consideraríamos felices — decían ellas — si nos tocase la dicha de educar á su hija». Cuando por casualidad entraba ó salía el coche del

ministro, Phellion se descubría respetuosamente aunque no hubiese nadie en él, y pretendía que la Francia iría mucho mejor si todo el mundo respetase tanto el poder para saludarlo hasta en sus insignias. Cuando Rabourdin le hacía bajar para explicarle algún trabajo, Phellion aguzaba su inteligencia y escuchaba las menores palabras del jefe como escucha un *dilettante* un aire en los Italianos. Silencioso en su despacho y sentado ante un pupitre con los pies en el aire y sin moverlos, estudiaba su trabajo concienzudamente. Se expresaba en su correspondencia administrativa con una gravedad religiosa, lo tomaba todo en serio y se apoyaba en las órdenes transmitidas por el ministro para intercalar frases solemnes. Este hombre, tan aferrado á las conveniencias, había tenido una derrota en su carrera de redactor, ¡y qué derrota! A pesar del extremado cuidado que ponía para hacer una minuta, en una ocasión dejó escapar una frase concebida en estos términos: *Irá usted á los lugares indicados con los papeles necesarios*. Felices al poder reír á costa de esta inocente criatura, los escribientes habían ido á consultar sin que él lo supiera á Rabourdin, el cual, pensando en el carácter de su redactor, no pudo menos de reír, y modificó la frase en el margen con estas palabras: *Se personará usted en el terreno con todas las piezas indicadas*. Phellion, á quien fueron á enseñar la corrección, la estudió, pesó la diferencia de las expresiones, no tuvo reparo en confesar que hubiese necesitado dos horas para encontrar aquellos equivalentes, y exclamó: «¡El señor Rabourdin es un genio!» Pensó que sus colegas habían obrado muy incorrectamente para con él recurriendo tan aprisa al jefe; pero le inspiraba demasiado respeto la jerarquía para no reconocer su derecho de recurrir á Rabourdin, tanto más, cuanto que él estaba ausente; sin embargo, él, en lugar de ellos, hubiera esperado, pues la circular no corría prisa. Este asunto le quitó el sueño durante algunas noches. Cuando querían hacerle enfadar, no tenían más que hacer alusión á la maldita frase, diciéndole al salir: «¿Tiene usted los papeles necesarios?» El digno redactor se volvía, lanzaba una mirada fulminante á los empleados y les respondía: «Lo que ustedes dicen me parece muy incorrecto, señores». Un día hubo una disputa tan fuerte por este motivo, que Rabourdin tuvo que intervenir y prohibió á los empleados que sacasen á relucir nunca más aquella frase. El señor Phellion tenía una cara

de cordero pensativo, algo pálida y picada por la viruela, grandes labios caídos, ojos de un azul claro y estatura un poco más alta que la regular. Limpio para con su persona como debe serlo un profesor de geografía y de historia obligado á presentarse ante señoritas, llevaba hermosa ropa blanca, chorrera con pliegues, chaleco abierto de casimir negro dejando ver tirantes bordados por su hija, un diamante en la camisa, levita negra y pantalón azul. En invierno llevaba un carrick con tres cuellos y un bastón con barra de plomo, necesario á causa de la *profunda soledad de algunos lugares de su barrio*. Había perdido el vicio de tomar rapé y citaba esta reforma como un ejemplo sorprendente del imperio que un hombre puede tener sobre sí mismo. Subía las escaleras lentamente porque temía al asma, y saludaba á Antonio con dignidad.

Inmediatamente después del señor Phellion, llegó un escribiente que formaba singular contraste con este buen hombre. Vimeux era un joven de veinticinco años con mil quinientos francos de sueldo, bien formado, tieso, de cara elegante y romántica, con cabellos, barba, ojos y cejas negros como el jaspe, hermosa dentadura, manos encantadoras y un bigote tan atusado y tan peinado, que parecía hacer alarde de él para venderlo. Vimeux tenía tan grandes aptitudes para su trabajo, que lo hacía más aprisa que nadie. «Este chico vale», decía Phellion al verle cruzarse de piernas sin saber en qué emplear el tiempo después de haber acabado su labor. Vimeux almorzaba con un sencillo panecillo y un vaso de agua, comía por un franco en Katabomb y tenía un cuarto alquilado para dormir por doce francos al mes. Su dicha, su único placer, era el atildarse, y se arruinaba comprando chalecos y pantalones de distintas clases, botas finas, levitas bien hechas que dibujaban su talle, guantes blancos y sombreros. Con la mano adornada de un anillo puesto por encima del guante y con un bonito bastón, procuraba afectar el aspecto, el talento y los modales de un joven rico. Además iba con un limpiadientes en la boca á pasearse por el gran paseo de las Tullerías, enteramente lo mismo que un millonario que se levanta de la mesa. Con la esperanza de que una mujer, una inglesa, una extranjera cualquiera ó una viuda pudiese enamorarse de él, estudiaba el arte de jugar con el bastón y de dirigir una mirada de aquel modo llamado por Bixiou *á la americana*.